

Plaza pública

para la edición del 23 de abril de 1996

Cuatro en el PRD

Miguel Ángel Granados Chapa

Aunque legal y políticamente aún hay posibilidad de que el número disminuya, se registraron cuatro candidaturas a encabezar el Partido de la Revolución Democrática. La elección se efectuará en julio, y en las próximas semanas Heberto Castillo, Amalia García, Andrés Manuel López Obrador y Jesús Ortega (citados en riguroso orden alfabético) deberán presentarse ante sus electores, un número ciertamente incierto y disperso, pues el PRD se aventuró en la azarosa empresa de elegir a su dirigente por voto universal y directo.

Los candidatos provienen de las principales corrientes que se integraron, si es que tal cosa ha ocurrido, en el partido fundado en torno a Cuauhtémoc Cárdenas. Castillo fue líder del Partido Mexicano de los Trabajadores, y candidato presidencial del Partido Mexicano Socialista. Amalia García militó de modo sobresaliente en el Partido Comunista y sus agrupaciones causahabientes. Ortega fue miembro de la dirección del Partido Socialista de los Trabajadores, y formó parte del grupo que se escindió en 1987. López Obrador fue priísta, y aunque no figuró en la Corriente Democrática, como Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, su salida del partido gubernamental en 1988 alcanzó significado

comparable al que tuvo el paso dado un año antes por aquéllos **relevantísimos miembros del PRI**.

Como lo fue Acción Nacional hace dos meses, el PRD es también afortunado al poder escoger entre buenas candidaturas. Cada una ofrece a ese partido una nota singular, que daría un sello distintivo al PRD. Castillo representa la experiencia: era ya un dirigente nacional sobresaliente cuando sus ahora contrincantes cursaban la enseñanza elemental. Amalia García es la frescura inteligente: un miembro de su partido ha propuesto identificarla con el lema adoptado para el Mitterrand triunfante por el socialismo francés: "la fuerza tranquila". Ortega es la medida: tiene que ejercerla para coordinar un grupo, el de diputados perredistas, que tiende naturalmente a la dispersión. Y López Obrador es, más que la fogosidad tropical, la imaginación política, siempre abierta a explorar formas de movilización.

Cada uno, naturalmente, mantiene una idea propia del partido que aspiran a dirigir. Los cuatro hacen autocrítica y plantean un modo de ser, para los siguientes tres años, diverso del vigente hoy. Tres de ellos (Castillo, García y Ortega) privilegian el trabajo electoral del partido, aunque por supuesto no excluye su relación con los movimientos sociales. López Obrador aparece más como *movimientista*, aunque su trayectoria muestra que no ha rehúsado la negociación.

Aun en ciernes, el proceso electoral ha dado ya lugar a definiciones, que permiten augurar el sentido de la votación. Cárdenas ha optado por la candidatura de López Obrador, y esa decisión tendrá una gran influencia

en el electorado. Se le reprochó que tomara partido, como se le hubiera inquirido con animosidad sobre su preferencia en el caso de mantenerla discreta: ese es uno de los efectos inevitables de constituir una presencia tan eminente en una agrupación. La decisión de Cárdenas generará consecuencias importantes especialmente en Michoacán, la entidad donde fue gobernador y donde, como en Tabasco y el Distrito Federal, se depositará la mayor parte de los las mayores votos. Allí se pondrá de nuevo a prueba la remozada cercanía política de Cárdenas y Cristobal Arias, quien figura como candidato a secretario general en la planilla del ingeniero Castillo.

Como se recuerda, Arias fue candidato a gobernador luego de una agria disputa contra un sector que se cobijó con una presunta proximidad de su líder, el doctor Roberto Robles Garnica, a Cárdenas. Y si bien el ex candidato presidencial ejerció su responsabilidad política y apoyó a quien debía, es decir a Arias, su posición fue juzgada tardía e insuficiente. Colocados ahora abiertamente en candidaturas opuestas, se percibirá una nueva partición en el perredismo michoacano.

Ese es, y no sólo respecto de Michoacán, uno de los riesgos de una campaña como la decidida por el PRD. Si bien la propaganda en su contra, y la pereza informativa y analítica, exageran las tensiones internas en ese partido, lo cierto es que las posiciones extremas sobre diversos asuntos hacen difícil la vida partidaria. Por ejemplo, en este momento mismo los acuerdos sobre reforma electoral producidos en la Secretaría de Gobernación han sido mal vistos por un segmento de

opinión en el PRD, que han llegado a hablar de traición, siendo que tal reforma responde con amplitud a los intereses electorales perredistas.

Con todo, es remota la posibilidad de que el PRD se desgajara durante o después de las elecciones. Un militante experto, consultado a propósito, asegura que si bien hay en ese partido material político y humano para dos agrupaciones, quienes las integrarían están conscientes de que promover la división es suicida, pues ninguna de las agrupaciones resultantes tendría futuro, como partido ni como movimiento. Aun las concepciones más alejadas entre sí coinciden en que ambos talantes del PRD se necesitan y se alimentan recíprocamente. Los candidatos, además, son políticos responsables todos, y nadie emprendería una aventura secesionista, aun si impugnara los resultados electorales por hallarlos alejados de la legalidad.

Puesto que ni siquiera estamos ante las candidaturas definitivas, es temprano para formular pronósticos. Puede conjeturarse, sin embargo, que por su reciente protagonismo y el apoyo de Cárdenas, López Obrador puede obtener la mayoría de los votos, si bien no sería el suyo un triunfo avasallador, especialmente respecto de la candidatura de Amalia García. Insospechable de componendas (a las que un sector de su partido teme como al mismo demonio), la ex diputada y ex asambleísta asegura a su partido no sólo integridad en la defensa de sus principios, sino una mayor capacidad para ensamblar la presencia del PRD en el cuadro institucional de la república, objetivo que a mi juicio no es repudiable sino, al contrario, digno de ser alcanzado.

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Cuatro en el PRD

Los candidatos a presidir el Partido de la Revolución Democrática participan en un proceso delicado, porque acudir al voto universal y directo abre riesgos de división, que sin embargo ninguno de ellos patrocinará porque son políticos responsables.



AUNQUE LEGAL Y POLÍTICAMENTE AÚN HAY POSIBILIDAD de que el número disminuya, se registraron cuatro candidaturas a encabezar el Partido de la Revolución Democrática. La elección se efectuará en julio, y en las próximas semanas Heberto Castillo, Amalia García, Andrés Manuel López Obrador y Jesús Ortega (citados en riguroso orden alfabético) deberán presentarse ante sus electores, un número ciertamente incierto y disperso, pues el PRD se aventuró en la azarosa empresa de elegir a su dirigente por voto universal y directo.

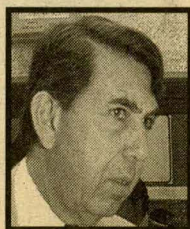
Los candidatos provienen de las principales corrientes que se integraron, si es que tal cosa ha ocurrido, en el partido fundado en torno a Cuauhtémoc Cárdenas. Castillo fue líder del Partido Mexicano de los Trabajadores, y candidato presidencial del Partido Mexicano Socialista. Amalia García militó de modo sobresaliente en el Partido Comunista y sus agrupaciones causahabientes. Ortega fue miembro de la dirección del Partido Socialista de los Trabajadores, y formó parte del grupo que se escindió en 1987. López Obrador fue priísta, y aunque no figuró en la Corriente Democrática, como Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, su salida del partido gubernamental en 1988 alcanzó significado comparable al que tuvo el paso dado un año antes por aquellos relevantísimos miembros del PRI.

Como lo fue Acción Nacional hace dos meses, el PRD es también afortunado al poder escoger entre buenas candidaturas. Cada una ofrece a ese partido una nota singular, que daría un sello distintivo al PRD. Castillo representa la experiencia: era ya un dirigente nacional sobresaliente cuando sus ahora contrincantes cursaban la enseñanza elemental. Amalia García es la fresca inteligente: un miembro de su partido ha propuesto identificarla con el lema adoptado para el Mitterrand triunfante por el socialismo francés: "la fuerza tranquila". Ortega es la medida: tiene que ejercerla para coordinar un grupo, el de diputados perredistas, que tiende naturalmente a la dispersión. Y López Obrador es, más que la fogosidad tropical, la imaginación política, siempre

abierta a explorar formas de movilización.

Cada uno, naturalmente, mantiene una idea propia del partido que aspiran a dirigir. Los cuatro hacen autocrítica y plantean un modo de ser, para los siguientes tres años, diverso del vigente hoy. Tres de ellos (Castillo, García y Ortega) privilegian el trabajo electoral del partido, aunque por supuesto no excluye su relación con los movimientos sociales. López Obrador aparece más como movimientista, aunque su trayectoria muestra que no ha rehusado la negociación.

Aun en ciernes, el proceso electoral ha dado ya lugar a definiciones, que permiten augurar el sentido de la votación. Cárdenas ha optado por la candidatura de López Obrador, y esa decisión tendrá una gran influencia en el electorado. Se le reprochó que tomara partido, como se le hubiera inquirido con animosidad sobre su preferencia en el caso de mantenerla discreta: ese es uno de los efectos inevitables de constituir una presencia tan eminente en una agrupación. La decisión de Cárdenas generará consecuencias importantes especialmente en Michoacán, la entidad donde fue gobernador y donde, como en Tabasco y el Distrito Federal, se depositará la mayor parte de los votos. Allí se pondrá de nuevo a prueba la remozada cer-



El ex candidato presidencial del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, hizo pública su preferencia en el proceso interno de su partido, lo cual le ha sido reprochado, exactamente lo que hubiera ocurrido si la mantiene discreta.

canía política de Cárdenas y Cristóbal Arias quien figura como candidato a secretario general en la planilla del ingeniero Castillo.

Como se recuerda, Arias fue candidato a gobernador luego de una agria disputa contra un sector que se cobijó con una presunta proximidad de su líder, el doctor Roberto Robles Garnica, a Cárdenas. Y si bien el ex candidato presidencial ejerció su responsabilidad política y apoyó a quien debía, es decir a Arias, su posición fue juzgada tardía e insuficiente. Colocados ahora abiertamente en candidaturas opuestas, se percibirá una nueva partición en el perredismo michoacano.

Ese es, y no sólo respecto de Michoacán, uno de los riesgos de una campaña como la decidida por el PRD. Si bien la propaganda en su contra, y la pereza informativa y analítica, exageran las tensiones internas en ese partido, lo cierto es que las posiciones extremas sobre diversos asuntos hacen difícil la vida partidaria. Por ejemplo, en este momento mismo los acuerdos sobre reforma electoral producidos en la Secretaría de Gobernación han sido mal vistos por un segmento de opinión en el PRD, que han llegado a hablar de traición, siendo que tal reforma responde con amplitud a los intereses electorales perredistas.

Con todo, es remota la posibilidad de que el PRD se desgajara durante o después de las elecciones. Un militante experto, consultado a propósito, asegura que si bien hay en ese partido material político y humano para dos agrupaciones, quienes las integrarían están conscientes de que promover la división es suicida, pues ninguna de las agrupaciones resultantes tendría futuro, como partido ni como movimiento. Aun las concepciones más alejadas entre sí coinciden en que ambos talantes del PRD se necesitan y se alimentan recíprocamente. Los candidatos, además, son políticos responsables todos, y nadie emprendería una aventura secesionista, aun si impugnara los resultados electorales por hallarlos alejados de la legalidad.

Puesto que ni siquiera estamos ante las candidaturas definitivas, es temprano para formular pronósticos. Puede conjeturarse, sin embargo, que por su reciente protagonismo y el apoyo de Cárdenas, López Obrador puede obtener la mayoría de los votos, si bien no sería el suyo un triunfo avasallador, especialmente respecto de la candidatura de Amalia García. Insospechable de componendas (a las que un sector de su partido teme como al mismo demonio), la ex diputada y ex asambleísta asegura a su partido no sólo integridad en la defensa de sus principios, sino una mayor capacidad para ensamblar la presencia del PRD en el cuadro institucional de la república, objetivo que a mi juicio no es repudiable sino, al contrario, digno de ser alcanzado.